



## Alegría de Adviento

Esta columna apareció por primera vez en la Crónica Diocesana del 30 de Noviembre de 2014.

Cada Adviento vuelve nuestra mente y corazón al misterio de la Palabra hecha carne—de donde vino, cómo llegó hasta aquí, por qué vino. Este enfoque litúrgico presta una coloración particular a los Misterios Gozosos del Rosario, sobre todo los primeros tres: la Anunciación, la Visitación y el Nacimiento de nuestro Señor.

Adviento me invita a personalizar estos Misterios Gozosos, para conectar los eventos ocultos en la vida temprana de Jesús con los eventos correspondientes a la mía. ¿Lo que le sucedió a Jesús tiene algo que ver con lo que me pasó a mí? ¿Pueden los “capítulos” alegres de la historia de Jesús dar luz a la historia que se desarrolla en la mía?

El primer misterio gozoso es la Anunciación a María. Podríamos llamarlo la Concepción de Jesús, porque en el momento del “Sí” de María al ángel, ella concibe por obra del Espíritu Santo, y el Hijo Eterno del Padre toma carne en su vientre. Un momento Él no estaba allí; en el momento siguiente si estaba.

Así fue con usted y conmigo en el momento de nuestra concepción. Un segundo no existimos; en el segundo siguiente si existíamos por medio de la unión de las células germinales de nuestros padres. Pero este cambio misterioso fue algo en lo cual nosotros nada tuvimos que ver. No fuimos nosotros quienes iniciamos este

proceso de formación de vida, ni tampoco quienes lo completamos. De principio a fin, este alegre misterio de nuestra concepción, fue un don.

Lo mismo es cierto de los nueve meses que pasamos en el vientre de nuestra madre, un “recuerdo” olvidado que el Segundo Misterio Gozoso, la Visitación, nos recuerda. Al saludo de María, el niño en el vientre de Isabel saltó de alegría por la cercanía del niño en el vientre de María. Sin duda, nosotros también saltaríamos, en el vientre de nuestra madre. Ese primer hogar terrenal estaba esperando para recibirnos, perfectamente diseñado para nuestra protección, crecimiento, y desarrollo. Pero no fuimos nosotros quienes lo diseñamos, ni podemos penetrar la mente de su Diseñador. Desde el primer mes hasta el noveno fue un puro don, este misterio del embarazo, lleno de alegría.

En los oscuros y acuosos recovecos de la matriz todas nuestras necesidades fueron satisfechas sin esfuerzo nuestro. Si hubiera sido nuestra la decisión, estaríamos allí todavía; nunca hubiéramos salido. Pero, al igual que el Hijo de María en el Tercer Misterio Gozoso, fuimos echados fuera de repente en la erupción violenta de nuestro nacimiento. Y allí esperando para recibirnos y darnos la bienvenida estaban las manos de nuestros padres—un hombre y una mujer hechos un solo ser por la unión complementaria del matrimonio al servicio de la vida.

Nosotros no asignamos el momento ni el lugar para nuestra entrada a este mundo; a nuestra llegada nos encontramos ya colocados. El misterio gozoso del nacimiento es puro don. Todo ha sido preparado con anticipación para nuestra llegada.

Reflexionando este Adviento en la concepción, gestación, y nacimiento, de Jesús, y en el nuestro propio nos damos cuenta de que todo ser humano llega a este mundo por igual, situado en la recepción del Misterio. Alguien ha preparado un lugar para nosotros en el banquete de la vida. ¿Quiénes somos nosotros para negar la admisión a otro ser como a nosotros mismos cuando el Creador del mundo ha tenido tan gran y amoroso cuidado para hacer lugar para nosotros?